

Bogotá: verde que te quiero verde

La vida privada de los parques y jardines públicos.

Bogotá, 1886-1938

Guía para recorrer los parques y jardines públicos de Bogotá, 1886-1938

CLAUDIA CENDALES PAREDES

Instituto Distrital de Patrimonio

Cultural, Bogotá, 2020, 371 pp. y 112 pp.

ESTA PUBLICACIÓN condensa los resultados de la investigación doctoral en historia del arte presentada por Claudia Cendales Paredes en la Technische Universität de Berlín. El tema es interesantísimo: Cendales estudia los parques y jardines construidos en Bogotá entre 1886 y 1938. Sobre ese marco de tiempos explica:

Por un lado, en 1886 se proclama la primera constitución colombiana y a nivel urbano se realiza una serie de transformaciones importantes, entre ellas la construcción de los primeros jardines y parques públicos de la ciudad; por otro lado, en 1938 se celebra el cuarto centenario de la fundación de Bogotá, un evento de mucha relevancia, en cuyo marco se realizarán varios eventos y medidas urbanísticas, incluidas la proyección y realización de nuevos parques y jardines públicos. (p. 25)

El producto final está compuesto por tres piezas (un libro, una guía y un mapa), y tiene sentido que sea así. En el libro, Cendales va contando la historia de los parques, cómo fueron diseñados, el tipo de vegetación que incluían y cómo se transformaron durante el medio siglo cubierto por la investigación. Todo va acompañado de imágenes de la época. Y esa ciudad es tan irreconocible, tan otra, que si no fuera por la segunda y la tercera pieza —la guía, que da la dirección exacta de dónde queda (o quedaba) cada parque, y el mapa, que permite ubicarse— el lector se sentiría perdido.

Todo aquello tiene que ver con la primera sensación que aparece mientras se avanza en la lectura: Bogotá ha destruido muy rápidamente su patrimonio. Porque no es solo que aquellos parques de finales del siglo XIX y comienzos del

XX ya no existan o se hayan transformado para mal, sino que, tal como lo deja ver la autora, apenas una o dos décadas después de que fueran inaugurados ya estaban en pésimo estado. Las razones son varias: el abandono, su uso para otras funciones (venta, plazas de mercado y estaciones de gasolina), la falta de presupuesto para su manutención y la poca inversión que se hacía en ellos. Por ejemplo, mucho se habla de que fue un error no haber mantenido en pie los diversos pabellones (el egipcio, el de la música, el de las bellas artes y el de la industria, entre otros) que se levantaron en el Parque de la Independencia para la Exposición Industrial y Agrícola de 1910; lo que se olvida es que todo fue hecho de afán y la inversión estaba lejos de ser la suficiente. “Ya que los pabellones fueron construidos en un muy corto tiempo y concebidos como arquitectura efímera, se encontraban en mal estado poco después de la finalización de la exposición” (p. 126), anota la autora. Recalquémoslo: la Bogotá que aparece en esta publicación es otra, algo que tiene mucho de doloroso, pero también de fascinante: al leer este libro y ver sus grandes fotografías (el formato del libro es generoso) se entra en una ciudad desconocida.

Los primeros parques bogotanos nacieron con la transformación de buena parte de las plazas coloniales. El suelo seco se vio reemplazado por jardines, y la imagen central, antes religiosa, dio paso al homenaje escultórico a algún prócer. Así las cosas, el primer parque bogotano fue la plaza de Bolívar. A finales del siglo XIX se hizo allí un pequeño jardín, que sería entonces el primer parque de la capital. “El parque construido tenía forma cuadrada y estaba encerrado por una reja. A cada uno de los lados oriental, norte y occidental, y de manera paralela a la reja cuadrada que rodeaba la escultura de Bolívar, se construyó un tapete de forma oval” (p. 46), explica Cendales. Es decir, si bien el parque *estaba* en la plaza de Bolívar, no ocupaba toda la plaza, solo una porción central, tendencia estética que se repitió en sucesivos parques capitalinos de la época. Si no fuera porque la investigación documental de Cendales tiene un gran apoyo en lo gráfico (planos, dibujos y fotografías), todo aquello sería muy difícil de entender; pero es una delicia leer cómo

iban creando cada parque y ver en la página siguiente imágenes de la época.

El siguiente fue el parque Santander. A diferencia de la plaza de Bolívar, aquí sí se utilizó toda el área, no solo el centro. “Según Ortega Ricaurte, el Parque Santander se convirtió en el sitio de esparcimiento más importante de la ciudad, donde los jueves y domingos tenían lugar serenatas” (p. 52). Después vendría el parque Centenario (que desapareció en 1953 con la ampliación de la calle 26; estaba ubicado en inmediaciones de lo que hoy es el Hotel Tequendama). Y con el nuevo siglo llegó una nueva lógica de los parques bogotanos: las plazas seguirían convirtiéndose en parques (muchos de estos ya no existen), pero aparecieron dos clásicos: el parque de la Independencia y el Nacional. Estos dos, cada uno a su manera, obedecían a una idea de parque moderno, muy distinta a la estructura cuadrada de una plaza colonial. No solo fueron diseñados por arquitectos en espacios antes ocupados por viviendas, sino que en ellos se incluyeron edificaciones y espacios funcionales (el parque de la Independencia albergaba los edificios de la exposición de 1910 y el parque Nacional contaba —cuenta— con un teatro infantil). Además, desapareció un elemento típico de los parques del siglo XIX: la reja. Los parques recientes eran espacios siempre abiertos, que dejaban ver una nueva propuesta de cómo debía ser Bogotá: unos años después de que se inaugurara el parque Nacional, se creó el Departamento de Urbanismo y llegó la planeación de zonas verdes, bajo la supervisión de Karl Brunner. Cendales anota:

En el marco de la exigencia de una planeación urgente de la ciudad, que fue adquiriendo más fuerza en los años 1920, se consideró la creación de parques y jardines como una prioridad. Sin embargo, el presupuesto limitado y la mala organización de la administración municipal impidieron repetidamente la realización de nuevos proyectos y pusieron en peligro el costoso mantenimiento de las instalaciones existentes. (p. 330)

Y es que buena parte de los parques reseñados en el libro son de barrio, plazoletas de una cuadra por una cuadra.

RESEÑAS		ARQUITECTURA
Los dos únicos grandes parques que se hicieron entre 1886 y 1938 fueron los ya citados: el de la Independencia y el Nacional (y bueno, el del Centenario, pero desapareció tiempo después). Los demás proyectos jamás se llevaron a cabo. Por ejemplo, durante décadas se habló de hacer el paseo Bolívar, un parque en el oriente de la ciudad, un bosque al pie de los cerros (que quizás los habría protegido de la construcción desordenada y la presión urbanística). Jamás se hizo. Lo mismo sucedió con el bosque de las Damas, planeado para el esparcimiento y ejercicio de las mujeres de Chapinero, y el bosque de la Bandera, en el mismo barrio. Es más, dos de los parques más importantes de los años veinte se construyeron por iniciativa privada: el Luna Park en el sur y el Lago Gaitán en el norte. La ciudad creció sin suficientes espacios verdes de encuentro, una deuda que hoy, más de ochenta años después del cierre del marco temporal de la investigación objeto de este texto, sigue vigente. Pero <i>La vida privada de los parques y jardines públicos</i> no se centra solo en una mirada urbanística a los espacios verdes de la ciudad; también pone los ojos en lo que en ellos se sembraba. Cendales se dio a la tarea de revisar actas, cartas y documentos que tuvieran información sobre las plantas que hombres como Casiano Salcedo y Genaro Valderrama (los dos jardineros más sobresalientes del siglo XIX; ya en el XX llegarían otros nombres, como el de José Fabi) recomendaban adquirir para cultivar en los nuevos parques y jardines de la ciudad. Es interesante cómo el patriotismo jugó un papel importante en estas decisiones: los parques eran lugares de orgullo nacional, de visita para turistas extranjeros, y en ellos debía estar presente la flora nacional. Se buscaba, entonces sembrar, en lo posible, únicamente plantas y árboles colombianos, una tradición que se mantuvo durante años. Pues bien, en el libro, las imágenes de esas plantas no están; solo un espacio en blanco y un pie de foto. ¿Por qué? Porque en un divertido juego editorial, se encuentran al final del libro en formato <i>sticker</i>, para que el lector las busque y complete la publicación. Muy bonito. En general, un libro muy bonito.	Para cerrar, recordando que la sabana tenía pocos árboles y estaba lejos de ser un parque cuando sobre ella se fundó y desarrolló Bogotá, usemos el delicioso parafraseo de una cita del viajero escocés John Steuart, con el que Cendales titula el primer capítulo del libro: “¿Por qué una ciudad capital en este extravagante sitio?”. Andrés Arias	